

“En el MUBA”

¿Alguna vez has sentido que sería mejor si el mundo se acabara? ¿Si sus bellezas y riquezas desaparecieran en un segundo y tú quedaras solo en este vasto universo sin poder contemplar la belleza de un cuadro?

Yo lo he pensado muchas veces e incluso he pensado lo hermoso que sería si yo no existiera y me hubiera quedado en aquel “*annus horribilis*” para el arte, para la cultura, como fue 1936.

En este momento no soy capaz de contemplar la belleza en las paredes que miro, sus cielos de colores rosa, anaranjado y azul cerúleo, con nubes que parecen algodones y un lugar lleno de hermosas ventanas que me muestran un sin fin de mundos a cuál más hermoso. En este instante, solo veo la tristeza de las salas del MUBA que conservan la pintura, casi desaparecida, de esas tablas que un día formaron parte del hoy extinto retablo de la Iglesia Parroquial de la villa de Casas de Don Pedro, y que según palabras de muchos historiadores y eruditos “*uno de los ejemplares más valioso de nuestra retablística y una de las perdidas más lamentables de ese deplorable catálogo de destrucciones*”.

Hoy, tengo ganas de recordar, más bien de repasar, mi vida..., aunque se dice que la mente humana está diseñada más para olvidar que para recordar...

Era una persona que no había tenido una infancia fácil. Si bien tenía un bello presente, no era una persona del todo feliz. Se podría decir que hoy lo tenía casi todo: amor, salud y un promisorio presente. Sin embargo, algo me faltaba y eso era... buenos recuerdos. A pesar de mi vida plena y más allá de tener poco más por delante que historia vivida, me atormentaba no tener recuerdos felices de mi infancia, ni de mi niñez, de mi juventud. Sentía que mi biografía no estaba completa. Escuchaba cómo mis amigos contaban historias de su niñez, de sus años mozos,

“En el MUBA”

recuerdos salpicados de ternura, alegría, amor. Todos tenían cosas que eran dignas de ser recordadas. Todos, ...excepto yo.

Aún rememoro los abrazos fríos, cortos e inseguros; un tanto perdidos en los recuerdos del pasado, en toda una vida de silencios y de cadencias extrañas... Un niño en medio de una guerra, en un pueblo pequeño, en una tierra baldía, en un pasado ya algo lejano. Soldados, milicianos, ... rencillas no olvidadas, un padre arrastrado en la oscuridad y para siempre perdido en una fosa oscura en medio de la nada con una bala sin nombre. Puedo sentir el miedo, está en mí, pues corre por mis venas, está en mi sangre, en mis pensamientos, en el aire que silencio... La supervivencia de aquello que siempre queda al final de las guerras, ..., la esperanza perdida. Sobrevivir. Pero como yo mismo me decía en mi silencio, ... *“- todo pasa y la guerra acaba, se sobrevive”*.

No me preguntéis cómo, nunca lo cuento, sólo lo pequeño, lo que no importa recordar, y enseguida pasa, y lo que no cuento, lo adivinen ustedes o, ... ya se lo contaré en otra ocasión.

Pero aquí cambia la historia, pues como todas, aún las peores, no son ni buenas ni malas, sólo de esos colores indefinidos, prendidos del amanecer y del anochecer, de las sensaciones que cada lector descubre e interpreta al leer las líneas que enturbian la nívea pulcritud de la hoja. Mis reminiscencias son...

“...de aquella tarde a la puesta del sol, cuando el silencio de nuestros juegos infantiles en la Plaza del Rollo fue interrumpido por el estruendo de aquella máquina que calle arriba se precipito en la plaza parando en la misma puerta de la iglesia. ... Era un automóvil. Muy pocos se habían visto por aquellos lares...”

“En el MUBA”

Dos hombres se apearon de aquel auto, y nos pidieron que avisáramos al señor cura párroco. Yo corrí muy rápido a avisar a Don Lorenzo Silveira, que así era como se llamaba el señor cura párroco.

Bien pronto volvimos, y tras presentarse a los caballeros, y conocer quiénes eran estos y el propósito que les traía a esta pequeña villa perdida de la Siberia Extremeña, no le importo a Don Lorenzo permitirles con deleite el acceso al templo.

Aunque la luz era escasa a tales horas, los forasteros pudieron embelesarse con la magnificencia artística e importancia extraordinaria de retablo que venían a observar y catalogar, y de cuya existencia ya tenían conocimiento, como luego nos contaron.

Mientras los forasteros curioseaban lo que se podía alcanzar a ver con las pocas luminarias que había en el templo, algunos vecinos de la villa se arremolinaron, en actitud levantisca, en el exterior de la Iglesia Parroquial atraídos, en parte, por la curiosidad del automóvil y, en parte, por el rumor malintencionado de que estas personas intentasen alguna cosa contra la conservación del retablo en la parroquia. La llegada del teniente-alcalde, que fue informado por Don Lorenzo que las intenciones de los forasteros era simplemente fotografiar el retablo para divulgar su magnificencia, calmó el conato de conflicto, y los vecinos se fueron marchando a sus hogares.

Don Lorenzo Silveira me pidió que avisara a mi padre, carpintero de profesión, para que se acercará a hablar con ellos, como ya tenía experiencia, pues había desmontado las tablas del retablo, en cierta ocasión en que se realizaron obras en la iglesia años atrás, lo podría volver a realizar para facilitar la labor de fotografiarlas. Siguiendo las órdenes del señor párroco, corrí a avisar a mi padre, que sin dudarlo un instante se acercó a la Plaza del Rollo a hablar con esos forasteros como le solicitaba Don Lorenzo.

“En el MUBA”

Tras una breve conversación acordaron que se verían a la mañana siguiente en el mismo lugar para llevar a cabo la misión que traían.

Y quizás sea este el momento y lugar adecuado para insertar unas pinceladas sobre Don Adelardo Covarsí, que ese era el nombre de uno de los forasteros. Se encontraba en la villa como Director del Museo Provincial de Bellas Artes, y le acompañaba su amigo, el fotógrafo Fernando Garrorena, estaban realizando un viaje por la Comarca, catalogando y fotografiando los hitos monumentales de estos pueblos olvidados por la mayoría de las administraciones.

A pesar del poco tiempo que pasamos juntos, escasamente unas horas, mientras fotografiaban las tablas del retablo, nos ganó inmediatamente su cortesía, su afabilidad, su bondad y su aspecto de hidalgo extremeño, no de “*señorito*”, como se mostraban los pocos visitantes de la capital que pasaban por la villa. Su figura era inconfundible, con sus ojos vivaces tras los cristales y en su indumentaria resaltaba especialmente su pequeño sombrero negro, que se calaba profundamente y del que nunca se separaba.

Covarsí fue un artista excepcional que enalteció a Extremadura con su pincel rico en matices cromáticos. El campo y el cielo de Extremadura, siempre el paisaje por el que sentía realmente pasión. Arrancó el cielo extremeño, y lo traslado fielmente a sus lienzos, maravillosas sinfonías de luz y color. Sus lienzos tienen la luz y el color de Extremadura, que amaba mirándola con los ojos de su corazón. Son especialmente bellos sus atardeceres otoñales, con un colorido rosáceo que impregnó en las nubes y cielos propios de las dehesas extremeñas. Sus cuadros pueden decirse que son poemas pictóricos extremeños. *“A la visión extremeña corresponde una teoría de colores sobrios y generosos, maduros y elegantes, que nadie ha sabido captar como Covarsí”* comentaba el crítico de arte Julio Cienfuegos Linares.

“En el MUBA”

Tenía una recia personalidad como extremeño y, además, era también una recia personalidad en el mundo del arte; *“su prestigio y su fama fueron muchas veces causa para que su región extraordinaria le honrara y le aplaudiera en los momentos de sus victorias artísticas.”* La labor del pintor badajocense se vio recompensada por infinidad de premios que jalonaron sus triunfos continuados.

Aun rememoro aquella mañana en el parque de Castelar de Badajoz, allá por el año 1952, el alcalde de la ciudad en la inauguración de su busto dijo de él: *“... pregonero artístico de esta áspera Extremadura, vituperada y desconocida, en la que únicamente se supone que hay elementos materiales de baja calidad, sin acabar de reconocer esta reiteración artística de nuestra tierra. Por qué el extremeño sabe calar en todas las facetas, y así tenemos aquí poetas excelsos, pintores y escultores y tenemos, en fin, toda la representación gamática que en la estética puede deseare. Y fue Adelardo Covarsí uno de los geniales creadores y puedo decir también que fue un genial interprete, porque hizo la interpretación más grande que podía hacerse”*

Pero además de su faceta como extraordinario pintor del paisaje rural extremeño, desarrolló desde su puesto de director del Museo Provincial de Bellas Artes de Badajoz una labora cultural muy importante como ardoroso defensor, y divulgador del patrimonio artístico, lo que le facilitó el hecho de poder catalogar y sacar a la luz el inconmensurable patrimonio histórico y artístico de Extremadura en la primera mitad del Siglo XX.

Llegados a este punto de mi relato he de confesar un secreto. Todo lo que acabas de leer, querido lector o lectora, son reminiscencias. Puras y simples reminiscencias de un ..., de un joven, de... una persona.

“En el MUBA”

A la mañana siguiente, muy temprano, Covarsí, Garrorena, y Don Lorenzo acudieron de nuevo al templo. Mi padre ya les esperaba en la puerta de la iglesia. Entraron y se pusieron manos a la obra.

Me introduje en la iglesia con sigilo, tras ellos, unos minutos más tarde. Cuando el portalón de madera se cerró a mis espaldas, comprobé lo que ya me había imaginado algunas de las tablas del retablo estaban ya desmontadas y Garrorena las fotografiaba desde varios ángulos, a la vez que destacaba los detalles que Covarsí le indicaba.

Así transcurrió casi toda la mañana.

Hay que destacar que de todas las tablas le llamo la atención a Adelardo, la que representaba el “Encuentro de Jesús y San Pedro”, que era una de las más admirables ya que plasmaba el momento en que a San Pedro, huyendo de la horrenda persecución de los cristianos en Roma, se le aparece el Señor.

Según escribió meses más tarde en la Revista de Estudios Extremeños, y que algunos años después pude leer, la describía de la siguiente manera:

“Esta pintura vale por todas las demás y es bastante para colocar en lugar privilegiado a su anónimo autor. Sencillísimamente compuesta, delicada de coloración, firme de dibujo y de mejor acierto en las expresiones y avalorada todavía con la sabia ejecución de interesante fondo, admira su contemplación. La cabeza de Jesucristo, sentida y estupendamente pintada es un acierto. Pálidas las correctas y nobles facciones, entristecidas como el caso que representa requiere, puedo asegurar que pocas veces vi representado tan magistralmente el rostro ideal de Jesús. Las manos y las piernas, de singular corrección, constituye un bello trazo de pintura, culminando la pierna izquierda, desnuda, de Nuestro Señor. No desmerece tampoco la figura rendida de San Pedro, cuya cabeza aparece primorosamente pintada. Es también contraste pictórico bien conseguido

“En el MUBA”

la diferencia de color ente las marfileñas carnes de Cristo y las tostadas y rudas del viejo pescador Pedro. El fondo, es de un artista sabio en el oficio, muy sintéticas de color, viniéndose me con este motivo al recuerdo las modalidades simplistas puesta ahora de moda, como una novedad, por los modernos pintores de vanguardia. Es sin duda alguna esta pintura lo más extraordinario del retablo y puedo afirmar que si figurase en nuestro Museo del Prado no desmerecería de los ejemplares de pintura antigua que allí existen como inapreciable riqueza de la nación.”¹

Durante esa mañana mientras Garrorena realizaba las fotografías, a petición de Don Lorenzo, acompañé al Señor Adelardo Covarsí a diversas viviendas de la villa, ya que había oído que existían multitud de telares en los que aún se fabricaban “colchas de cama” (como se denominan por estos lares) y que eran verdaderas alfombras, y que según el dibujo que las ornamenta y la disposición de la urdimbre se llaman de ruedas y codos, habiendo otras muy características que a su vez se conocen como de lino tintado, coloreado este material de forma brillante. El Señor Covarsí adquirió algunas de estas piezas para su exhibición en el pabellón de la Diputación de Provincial de Badajoz en la Exposición Iberoamericana de Sevilla 1929 - 1930.

Aquella tarde cuando el sol se escondía tras el horizonte y una amplia paleta naranjas, rojizos y amarillos se apoderó del cielo generando un momento único, abandonaron, Covarsí y Garrorena, la villa en dirección a Talarrubias para seguir su periplo en busca de otras emociones por las tierras de la Comarca.

¹ Extremadura Artística. El Gran Retablo Parroquial de Casas de Don Pedro. Adelardo Covarsí. Revista de Estudios Extremeños. Tomo IV. Septiembre-Diciembre 1930. Nº 3. (Pags. 277-289)

“En el MUBA”

Mientras escribo estas reminiscencias. Oigo a mis futuros lectores que me invitan a seguir con palabras y frases que nacen de sus corazones:

“Te Escucho. Te aliento a que me cuentes, eso que te duele o te avergüenza o te molesta por dentro. Te miro y anoto, resumo, compongo y supongo tu historia, esperando que me corrobore lo que estoy imaginando en mi interior. Pongo mi punto de vista, analizo y resumo, recibo y devuelvo, parte de la historia como una madeja de lana enredada que cuesta y se consigue solo de a poco, volver a desenredar con el trabajo de...”

A veces tenemos la fortuna de que alguien hace una foto en un momento feliz, mágico. Y la magia entonces queda atrapada en forma de luz impresa. Todo eso y más me recuerda mirar algunas fotos. Fotos en blanco y negro.

Nuevas reminiscencias de algunos años después...

Yo sentía angustia. La preocupación me estaba consumiendo, no podía concentrarme porque los pensamientos me obnubilaban. Tenía que decidir pronto, era de vida o muerte, pero antes, tenía que viajar, pasar por la frontera, cruzar las líneas y llegar a mi destino: mi pueblo natal.

Los que aseguran que las decisiones o las acciones, aunque sea pequeñas, pueden producir efectos totalmente inesperados, no faltan a la verdad. No me dará la vida para arrepentirme de una decisión que tomé cuando era joven, y que tan horribles consecuencias engendró.

El arte es un símbolo, un signo esencial y material de nuestra cultura y memoria que debemos preservar, porque es belleza de la creación humana y porque es un documento

indispensable para explicar la historia, nuestra historia, nuestra vida. Sin embargo, no todo el mundo piensa igual.

A lo largo de la historia, las obras de arte han actuado como reflejos de un momento histórico, como expresión de valores religiosos, familiares y éticos, o como espejos de situaciones políticas y sociales. Es decir, el arte tradicional, popular en sus géneros retratístico, histórico-político, religioso o social presenta credos, ideologías concretas asociadas a cada época y su modo de pensar y entender el mundo. Una obra habla claramente, o esconde tras sus imágenes un modo de entender la vida que no puede rectificar o acomodar a los nuevos tiempos que vienen ni a los nuevos pensamientos: el arte no es arte para todos ni ha sido valorado como tal desde siempre.

La imagen es casi siempre una representación de algo; una portadora de significado. Es este *algo* lo que puede motivar a su destrucción al provocar sentimientos de ira, vergüenza, desacuerdo ético, hostilidad, rabia o deseo incontrolado. Por tanto, el arte siempre es vulnerable porque provoca respuestas. De todos modos, los sentimientos contradictorios que una imagen nos pueda provocar no son una justificación para usar la violencia como si fuera una conducta normal y aceptada. Y tampoco son la única justificación. La imagen no puede dialogar ni defender lo que representa. El fanatismo hace que no se pueda mostrar a la luz la imagen, pues en este mundo corrompido acabaría, a buen seguro, devorada por las llamas de una hoguera. Ese mismo fuego que siempre ha estado alimentado por el odio y la ignorancia. Como puedes imaginar, tal como ha sucedido tantas veces a lo largo de los Siglos, la imagen es arrasada por las mismas causas de siempre. Esos pretextos que suelen esgrimir los salvajes para cometer este tipo de atrocidades. La ignorancia, el fundamentalismo, el dogmatismo... el odio, que siempre acaba siendo la consecuencia última.

“En el MUBA”

Aquel verano, el de 1936, se había convertido en lo más cercano a un infierno sobre la tierra para los miembros de la Iglesia que estaban en esa mitad del país donde no se había producido o no había triunfado la sublevación. Dondequiera que dirijas la mirada, aparecen fogonazos de sangre y muerte tan comunes en aquellas primeras semanas de guerra cuando la falta de control dejaba libre paso a los impulsos emocionales de las masas. En efecto, lo primero que los milicianos, miembros y simpatizantes de partidos y sindicatos de izquierda hacían cuando dominaban la rebelión en alguna ciudad, o cuando entraban en un pueblo, era buscar a los sacerdotes y las llaves de los edificios religiosos. Dos eran sus objetivos principales. El primero revestía un profundo significado simbólico. Se trataba de incendiar, de “purificar” mediante el fuego los espacios, imágenes, altares y ornamentos sagrados. Normalmente, llegaban de fuera y obligaban a los vecinos, algunos muy religiosos, a que arrancaran los altares e imágenes y les coaccionaban a sacarlo todo de la Iglesia haciendo un montón en la plaza. Después, esos mismos espacios eran secularizados mediante su conversión en lugares de tan prosaicos usos como garajes, talleres, salas de baile, albergues de milicianos, cárceles o incluso almacenes y establos.

A falta de otros elementos más sólidos, el ataque directo contra los bienes y representantes de la iglesia parecía ser una especie de fórmula mágica, el paso conocido más evidente hacia la revolución, la mejor prueba simbólica, o al menos la más inmediata, de que se había comenzado a caminar hacia ella y que no había ya marcha atrás.

“La memoria es de la misma sustancia de los sueños”.

Aquella mañana, aparecí en medio de una calle desierta sin saber cómo. No sabía cómo había llegado allí. La intuición me guio calle arriba hasta una plaza del pueblo empedrada presidida por una iglesia de estilo gótico y mudéjar.

La puerta del muro sur estaba reventada, y eran los compañeros milicianos, gentes que habían llegado la noche anterior a la villa, los que entraban y salían del templo de forma

“En el MUBA”

atropellada y en una clara actitud de saqueo y destrucción. Los acompañaban algunos de mis vecinos, que mostraban en sus rostros una alegría desmedida disfrutando de la destrucción del mobiliario y otros enseres del templo, y otros, que cabizbajos, les ayudaban, sin mostrar sus sentimientos, simplemente cumpliendo órdenes bajo las amenazas de las armas.

Este magnífico Retablo, del cual el pueblo de Casas de Don Pedro, se mostraba orgulloso, fue casi totalmente destruido en estas primeras fechas de los comienzos de esta guerra fratricida. Las tallas sufrieron la suerte común de toda la imaginería situada en la zona republicana. Con ellas se hizo una inmensa hoguera en la plaza del pueblo y en ella ardieron el bellissimo Calvario, el San Sebastián todavía goticista, la Asunción de la Virgen, el San Pedro sedente, el apostolado, las figuras de los ángeles, que recordaban las mejores obras italianas del “quattrocento”.

La estructura del gran Retablo fue arrancada de su lugar y sus restos quemados poco a poco, utilizándolos como leña para alimentar las hogueras de las guardias de los milicianos del pueblo, excepto algunas de las tablas pintadas, salvadas del fuego por el uso que le dieron. Las tablas ofrecieron a los devastadores una utilidad práctica y no fueron destruidas pasto de las llamas. Con ellas se montó el pequeño y ruin teatro de la Casa del Pueblo.

– “¡Todo por la Cultura popular!” –

Los tableros fueron colocados en el escenario con la pintura hacia arriba para que sobre ellos pisasen actores, oradores y tramoyistas. Imagínense como habrán quedado después de dos años de este trato brutal las obras probables de Pedro de Rubiales.

Esto es lo que ha hecho la incivil guerra del más bello quizás de los retablos de Extremadura. Es preciso que el concepto del materialismo de la vida haya podido envenenar de tal manera a los hombres que no hayan tenido escrúpulo en hollar con sus pies un día y otro, las tablas exquisitas ante las cuales oraron los vecinos de la villa y en que todas las dulzuras de un pintor renacentista expresaron la poesía de los misterios de la vida y muerte del Salvador.

Años después, supe por escritos y crónicas que, tras la toma del pueblo de Casas de Don Pedro, se informó a Don Adelardo Covarsí de que se habían encontrado restos de unas pinturas en tablas y al suponer que pertenecían al grandioso retablo parroquial de dicho lugar, de tanto interés para el Tesoro Artístico Nacional, sin pérdida de tiempo, vino a comprobarlo.

La impresión fue fatal, de gran emoción, cuando volvió a pisar aquella plazuela del Rollo que años atrás había visitado con su amigo Garrorena en su viaje por la Siberia. Especialmente triste, la vista del templo parroquial totalmente desmantelado, sin el menor vestigio del magnífico retablo que tanto le preocupaba y había admirado. Todo se había perdido, encontrando solamente algunos restos de sus pinturas clavadas en el piso de un escenario existente en la Casa del Pueblo, cortadas las notables tablas en los trozos que a aquellos bárbaros les convino para el uso infame que le dieron. Como la mayoría estuvieron colocadas con las pinturas hacia arriba, el roce de los pies durante dos años las había desfigurado, casi borrado totalmente.

Lo recuperado se reduce a lo siguiente, según el propio Covarsí enumeró: nada o casi nada de las tallas del retablo, quemadas en conjunto; de las tablas, diversidad de fragmentos pisoteados del “Nacimiento”, del “Prendimiento de Cristo”, de “Jesús camino del Calvario”, de “Jesús coronado de Espinas” y de “La Humanidad al amparo de la Santa Cruz”.

Encontró algunas tablas completas dadas la vuelta, tan firmemente clavadas al suelo que no las pudo desprender, pues además no había en el pueblo carpinteros a los que solicitar ayuda. No siendo esto de extrañar porque apenas había vecinos, ya que estando el pueblo a escasísima distancia de la línea de fuego permanecía aun, cuando allí estuvo, bajo la acción del cañón y las baterías de artillería enemigas.

Simplemente, Covarsí, se limitó a tomar estos datos y solicitar al comandante militar de la zona la publicación de un bando, que el pregonero diligentemente leyó mientras allí se

“En el MUBA”

encontraba, ordenando a los escasos vecinos de la villa la entrega de los materiales artísticos religiosos, ornamentos sagrados, libros, ...etc. que poseyesen si fuera el caso. Se entregaron, casi en el acto, trozos de las pinturas y partes escultóricas del Retablo, aunque muy poco, que solicitó que las guardasen en el local en que estaban el resto de las pinturas y que siguiese anunciándose para ver si podía conseguir algún fragmento más. Una vecina del pueblo pudo salvar trozos importantes de otras dos tablas, “la anunciación” y “San Pedro en la prisión”, que se conservaban bastante bien.

De las declaraciones prestadas y las indagaciones realizadas por Adelardo, pudo saber que el gran Retablo fue arrancado de su lugar en los primeros tiempos de la guerra por milicianos venidos de otros pueblos y algún vecino de la villa; y sus restos fueron poco a poco quemados, utilizándolos como leña para alimentar las hogueras de las guardias de los milicianos del pueblo, excepto las tablas pintadas, salvadas del fuego por el uso que le dieron. Algunos vecinos le comentaron, que el Señor Silveira, cura párroco del lugar, a quien había conocido y admirado por sus dotes de inteligencia e ilustración, intentó constantemente persuadir a aquellas bárbaras gentes del gran valor del Retablo para que no lo quemasen, matándolo a palos. También pudo comprobar que igualmente fueron arrojados a las hogueras, después de hechos astillas, las imágenes de la “Virgen de las Vegas”, muy arcaica, estofada y policromada; la de Santa Lucia, también del siglo XVI, y la Virgen de las Candelas, algo más moderna, que se encontraban en la parroquia y en la ermita de los Remedios, las tres lindísimas, que conoció y fotografió en 1930.

Posteriormente, cumpliendo órdenes de la Dirección General de Bellas Artes, volvió a personarse en la villa de Casas de Don Pedro, recogiendo los trozos de pinturas del Retablo, que trajo a Badajoz, depositándolas en el museo Provincial de Bellas Artes, y procediéndose a una escrupulosa limpieza y restauración de las mutiladas obras.

En marzo de 1939 hizo entrega de todos los fragmentos del Retablo al Museo Arqueológico de Badajoz, en donde se encuentran como vivos testimonios para las futuras generaciones del

“En el MUBA”

insensato furor destructor de las hordas bárbaras, incapaces a juzgar por estas muestras de inhumanidad, y otras como estas, de sentir la menor emoción de respeto ante los venerables vestigios del arte.

Dicen que los seres humanos solemos comprender mejor las situaciones en las que nos encontramos o hemos vivido, cuando escuchamos ejemplos de historias similares a las nuestras. Pero a veces, la mayoría de ellas, simplemente nos hacen despertar los fantasmas del pasado que deseamos olvidar. No obstante, los pensamientos tienen voluntad propia, y si deciden volar, los intentos para sujetarlos es como tratar de atar a las mismas nubes.

El último rayo perdido de aquel ocaso ilumino las tablas. La noche suele ser el hogar donde habitan los sueños. Ya no puedo hacer otra cosa, déjame al menos soñar.